

grán. La publicación se debe a sus buenos amigos Carmen de Alonso y Gustavo Loyola Acuña. La primera hace un prólogo con datos del autor y juicios críticos sobre la obra. El segundo escribe como colofón una «Ofrenda póstuma al autor y al amigo». Las palabras de ambos están llenas de emociones afectuosas por su muerte en plena juventud.

«Al ritmo de las horas», es una novela inspirada en la vida de nuestra capital. Se ha valido de unos cuantos personajes para darnos una visión de la vida bulliciosa de Santiago, presentándonos lugares bastante conocidos, como ser la calle Ahumada, el Portal Fernández Concha, Patio Andaluz, Terraza del Parque Forestal, etc.

Es una novela realista. Su trama es sencilla. Cierta espíritu romántico y soñador aparece, notoriamente, en sus páginas, y otros sentimientos que la vida misma ofrece en forma novelesca. Es así el corazón humano.

No podríamos decir que «Al ritmo de las horas» es algo magnífico, como tampoco que es vulgar. Posee cualidades y defectos. Desgracia grande que el escritor que había en Héctor Villagrán se halla perdido con su vida.—FRANCISCO SANTANA.

<https://doi.org/10.29393/At196-11VMAH10011>

VIEJO MUERE EL CISNE, novela de *Aldous Huxley*. Buenos Aires. 1941. Ed. Losada

En esta novela se destacan una vez más los caracteres peculiares de la obra de Huxley, esto es el hecho de que la novela sirva como medio para expresar ideas relativas a la época actual, sus tan peculiares personajes, reclutados siempre de entre personas intelectuales o semi intelectuales, su dominio profundo del arte novelesco, etc.

Ahora la novela se desarrolla en California. Allí, un millonario yanqui típico (Jo Stoyte) reúne en un palacio fabuloso

cuanto arte y ciencia existe. Vive horrorizado por el problema de la muerte y paga a dos hombres de ciencia para que hagan investigaciones sobre las posibilidades de inmortalidad, un médico cínico—ese infaltable científico cínico de las novelas de Huxley—y otro científico, sentimental, ingenuo, que posee gran fe en los medios humanos. Tampoco falta una dama sin espíritu, bello montoncito de carne, querida del millonario, amada secreta del joven sentimental y presa propiciatoria de la sensualidad del médico cínico. Por otra parte, un erudito literario que fué importado de Inglaterra por el millonario para revisar unos documentos de una noble familia arruinada. Y en estos documentos el erudito descubre que el secreto de la inmortalidad había sido hallado por uno de esos condes a que se referían los documentos: uno de ellos, devorando entrañas crudas de carpas se había sobrepuesto a la vejez y logrado vivir más de doscientos años. El millonario no resiste la tentación de comprobar el hecho y descubre en un palacio arruinado a una especie de viejo, cuya mentalidad oscilaba entre la animalidad y la idiotez, capaz sólo de los más elementales movimientos vitales.

Novelescamente, esta obra ofrece menos movimiento y menos caracteres perfectamente acusados que las producciones anteriores de Huxley. Se recae de nuevo en esa controposición entre el científico cínico e impersonal, de poderoso intelecto y aquel otro hombre sensible, ingenuo y lleno de pasión sentimental. Tampoco falta el teórico, el individuo que esboza una nueva teoría, la concepción perfecta de la situación actual, como la mujer joven que sólo posee su belleza y que vive entre goces momentáneos y placeres pasajeros. Estos personajes ya no adquieren los relieves que las anteriores obras huxleyanas, no hay en ellos verdadera personalidad, no llega a imponerse como tales, cosa que no sucedía en «Contrapunto» o en «Con los esclavos en la noria». Sólo adquiere algún relieve aquí la figura del millonario yanqui, que posee la sagacidad y la ingenuidad propias del hombre de negocios. Este hombre costeaba

un pabellón para niños inválidos y una escuela de arte, pero se indignaba cuando uno de sus empleados, Propter, hacía algo por ayudar a los «temporeros», aquellos pobres campesinos sobre los cuales *Steinbeck* hiciera una bella novela, para procurarles condiciones de vida más llevaderas. Ayudar a esos seres era para el millonario algo inconcebible.

Si bien la obra deja un poco que desear en cuanto realidad novelesca, en cambio en cuanto a expresión de ideas de palpitante actualidad ha avanzado considerablemente sobre las anteriores creaciones de Huxley. No existe aquí ni ese desmoralizador escepticismo de «Contrapunto», como tampoco aquella ingenua creencia en los principios propiciada en «Fines y medios» o en «Con los esclavos en la noria». Aquí la idea ha ganado en madurez y en fuerza, habiéndose comprendido plenamente el límite de los principios intelectuales. La obra respira actualidad. De cuando en cuando afloran en ella los ecos de la guerra civil española, que se condensan en un pasaje del capítulo X (p. 245):

«Barcelona ha caído.

«Pero aun cuando no hubiera caído, aun cuando jamás hubiera sido sitiada, ¿qué más da?... Semejante a cualquiera otra comunidad, Barcelona era máquina en parte, en parte organismo subhumano, en parte proyección de enorme pesadilla y personificación de las pasiones y locuras de los hombres; de su avaricia, de su orgullo, de su ansia de poder, de su obsesión por las palabras insensatas, de su culto a los ideales insanos... Tomada o no tomada, toda ciudad, toda nación, tiene su asiento en el plano de la ausencia de Dios... por lo cual «está predestinada al propio y perpetuo embrutecimiento, al perennemente reiterado designio de autodestrucción... La prosperidad de las ciudades humanas no es más que un continuo y gradual proceso de catastrófica caída. Quienes construyen la fábrica de la civilización son los mismos que la socavan. Los hombres son termitas de sí mismos durante todo el tiempo en

que se empeñan en no ser sino hombres. . . En el plano de la ausencia de Dios, los hombres no pueden hacer otra cosa que destruir lo que anteriormente construyeron; destruir incluso mientras construyen; construir con los elementos de la destrucción. La locura estriba en no conocer los hechos; en permitir que el desco engendre los pensamientos; en concebir las cosas de otra manera como realmente son; en empeñarse en alcanzar los fines descados por caminos que innumerables tentativas anteriores han mostrado como inapropiados. . . »

Y así, dentro de este tono surge esta meditación sobre la ciudad caída, meditación que recuerda aquella otra famosa «Oda sobre las ruinas de Itálica». Reaparece el tono del poeta español. El mal reside en el hombre, en la obstinada tosudez de éste, que en lugar de poner las ideas al servicio de los hechos, pone los hechos al servicio de sus ideas, de ideas falsas, que nacen de caprichos, de antojos. El hombre carece de alma, no es sino «un enjambre compuesto de pensamientos innúmeros y contradictorios. . . » En el nivel estrictamente humano no hay nada que pueda considerarse como un alma». El hombre no es sino esa multiplicidad de deseos y pensamientos, de emociones y de intuiciones. Ver otra cosa es simple locura. Y el mal reside en el hombre mismo. Es inútil buscarlo fuera de él, en los hechos, en los acontecimientos. Estos, en cuanto afectan al hombre, no son sino un resultado de su actividad. Como siempre, el mal reside en el nivel estrictamente humano. El bien está o en Dios o en la animalidad. El nivel estrictamente humano es el nivel del mal y cuando se sabe esto, «no se perderá el tiempo esforzándose por producir el bien en semejante nivel». Lo más que se puede hacer es crear algunos paliativos, procurar que ese mal sea menos nocivo, que tenga menos poder devastador. Y esto es lo que desconocen, por ejemplo, los políticos. Estos, hombres ingenuamente convencidos de que las «ideas» gobiernan el mundo, ignoran por completo la realidad. Por eso siempre su actividad deviene nociva, y el bien, la salud, la

prosperidad que el crédulo hombre de la calle esperaba de ellos no surge. Pero no son los políticos quienes tienen la culpa. Ellos nada saben de la realidad. Viven en un mundo de ilusión, un mundo que no es otra cosa que la proyección de su personalidad y obran como si fuera pertinente que obraran si el mundo que imaginan existiera ciertamente. De ahí su nocividad, de ahí su inutilidad. «Sus acciones todas son acciones de orate... y todas ellas—ahí está la historia para demostrarlo—son casi completamente desastrosas».

Parece surgir de estas palabras de Huxley un profundo desengaño, nacido de la situación existente en aquellos meses en que los pactos y la palabra empeñada caían en la nada, en que países inermes eran entregados a la fuerza brutal. Pues los principios de nada habían servido allí. Sólo se habían impuesto los hechos.

Pero también propicia nuevos medios. El mundo puede ser reformado. «Si uno quiere asegurar el mundo para los animales y para los espíritus—ya que sólo en éstos existe el bien—ha de hallar un sistema que reduzca la cuantía de temor, de avaricia, de odio y de mandonería al mínimo». Y para eso hacen falta propiedades y dinero, derecho y autoridad política. Y de acuerdo con estos ideales, el teórico huxleyano (Propter) había instalado en su casa un dinamo accionado por luz solar y otras máquinas con el objeto de independizarse de la ciudad, del mundo exterior. Pero aquello era ya aislarse demasiado; era en realidad aislarse del mundo actual.

Espigar las ideas profundas, la visión penetrante del tiempo actual, que por todas partes surge en esta obra, rebasa los límites de una crónica. El libro de Huxley aparece altamente valioso por estas acotaciones, por estos conceptos que sus personajes se dan el lujo de poseer. Y con ellos Huxley sigue la tendencia de la novela actual, de ser algo más que una intrascendente hilación de hechos conforme a un argumento, tendencia de por sí enaltecedora. El arte puesto al servicio del hom-

bre (1), el arte como medio de objetivar al hombre sus problemas para que así pueda actuar debidamente sobre ellos, no a la manera de aquéllos que pretenden solucionarlo todo descubriéndolo todo.

Este y muchos otros problemas son espigados en la novela «Viejo muere el cisne». Allí el hombre es considerado como problema esencial. Es ésta una actitud gemela a la mantenida por la filosofía existencial: hacer claro el hombre al hombre. Y cuando se haya desentrañado el problema del hombre, cuando se sepa realmente qué es el hombre, entonces se habrá dado un paso más en el camino hacia el bien.—JORGE MUÑOZ R.

PICHAMÁN, por Leoncio Guerrero

Hace algunos años, leímos en una revista de polémica literaria, un cuento titulado «Útiles de labranza», que nos cogió en su lectura. Su texto se imponía por su firmeza y sencillez, y era síntesis del pensamiento social de la época. Ahora nos ha llegado un libro de cuentos, «Pichamán», donde viene incluido aquel relato, que aun vive en nuestra memoria, bajo la responsabilidad de Leoncio Guerrero, un profesor chileno.

Esta vez Guerrero inicia su obra con una evocación en metáforas de moda, del paisaje de Pichamán, que nada suma al libro, ya que uno de sus méritos es contrastar a sus héroes, sin ahogarlos en la inmensidad del ambiente. El fondo, el plan de sus relatos, constituye lo mejor del volumen. Al dar forma a sus esquemas, Guerrero los tortura en un estilo un poco rígido en el afán de ser preciso, y que, por irónica o ruborosa

(1) Para más detalles sobre esta tendencia «humanista», ver el ensayo «El problema del hombre moderno en la obra de Huxley», publicado en «Atenea», noviembre de 1938, N.º 161.